

Que un autor de la talla XXL como **George V. Higgins** fuera un desconocido por estos lares era un crimen literario imperdonable. Libros del Asteroide empezó a poner remedio a esa lamentable situación el año pasado con la publicación de **Los amigos de Eddie Coyle**, obra maestra del género negro (¡de 1970!) que, no por casualidad, fue la «culpable» de que el casi siempre gris **Peter Yates** hiciera una gran película, **El confidente**, y que **Robert Mitchum** realizara una de sus interpretaciones más sorprendentes y cargadas de matices. La novela fue un éxito y la editorial se merece ahora el premio gordo de poner en el mercado otra obra de Higgins (escribió cerca de una treintena, hay mucho pendiente aún) que viene arropada por el estreno de una película con **Brad Pitt**: **Mátalos suavemente** (título original: **Cogan's trade**). Lo primero, hay que aplaudir a la editorial por no ceder al «chantaje» del marketing y no clavar un fotograma de Pitt

Tinta fresca

A quemarropa



TINO PERTIERRA



en portada como anzuelo: respeta su diseño porque respeta su contenido. ¿Y qué hay dentro? Dinamita, señoras y señores. Pura dinamita literaria. Olvídense de imposturas, de autores que van de duros a la manera de diálogos que refritan con más o menos brillantez el lenguaje de la violencia y el cinismo a partir de películas o novelas ajenas, de personajes huecos revestidos de ingenio resultón. Higgins no habla de oídas, y eso se nota en cada línea de

sus abundantes y larguísimos diálogos, en algunos casos auténticos monólogos cruzados que narran historias dentro de historias con un ritmo y una tensión sin fisuras. No hay tiempo que perder y las florituras no tienen cabida en este trallazo que expulsa sin contemplaciones cualquier tentación de lanzar mensajes. Los personajes de Higgins no necesitan diez páginas de rollo psicológico para presentar sus credenciales: basta con un par de líneas que describen su apariencia y un puñado de frases (casi siempre con alguna expresión malsonante que las cargue de expresividad) para que sepamos de qué van y, a veces, de dónde vienen. Nada de héroes, nada de villanos. Nada de color negro en una paleta maniquea y previsible: una infinita gama de grises. Seres muy humanos marcados por la violencia como rama a la que agarrarse a pocos metros del abismo. Supervivientes que, en muchos casos, se caían su propia fosa por tontos: mira que to-

carle las narices a la mafia... El protagonista de la historia (que tarda bastante en aparecer, por cierto), es un profesional implacable e impecable que conoce muy bien los secretos de su oficio: liquidar a quien le mandan quitar de en medio y no dejar rastro, cuanto más lejos esté de la víctima, mejor para todos. Mátalos suavemente. No te pringues.

Sin que el lector se dé cuenta, porque las descripciones son mínimas, la atmósfera de un Boston amenazador y tenebroso se va colando para encajonar a los personajes en los bajos fondos donde la vida no vale nada y una cerveza puede ser la última que tomes en tu vida. Higgins conoció bien ese mundo y lo trasladó de manera magistral al papel con unos diálogos que suenan a verdad y se convierten en una insuperable herramienta narrativa atiborrada de humor y desgarró que, por comparación, convierte al parlanchín **Tarrantino** en un (aventajado) aprendiz.

Mátalos suavemente George V. Higgins. Editorial Libros del Asteroide



Venus de Willendorf.

El sexo de los fósiles

La senda mutilada, una visión de la mujer en la Prehistoria opuesta al androcentrismo



DOMINGO CABALLERO

La doctora **Pulido**, del Departamento de Biología de La Laguna, se dedica con arrojo a la divulgación científica y al combate femenino. El libro que nos ocupa cambia los enfoques habituales y nos fuerza a una mirada distinta.

Como un neandertal en una cacharrería; así me siento yo en esta aventura otoñal: empeñado en comentar el libro de la Pulido, bióloga, paleontóloga, divulgadora, frente a mi ausencia de medallas y títulos formales. Confieso que a veces me consideraba ingenuamente capacitado porque yacen en mis vitrinas algunos instrumentos líticos, algún bifaz que

ejerce de pisapapeles, alguna raedera de cuarcita roja sangrienta. Bien es verdad que, a causa de mi biografía por montes y valles, puedo localizar, en el pedregal más confuso aquella piedra única, antinatural, que brinda varios golpes sabios que exhiben un brillo peculiar, un filo peculiar, que condensa una voluntad humana, o humanoide, orientada a cortar, romper o rasgar. Alguien pergeñaba una finalidad para una piedra, la sometía a un proceso artefactual, y la usaba. O sea, aquellos bichos pensaban.

Mi dedo acaricia la piedra que ha dejado de ser sólo piedra mientras me pregunto por qué buscaban la simetría claramente estética, no funcional directamente, como si pensarán acabar en las estancias y vitrinas de esos museos pedagógico-turísticos. El resbalar de los dedos por la superficie brillante, pulida, de un arte-

facto lítico, genera un escalofrío antropológico que nos vincula, a millones de años vista, con un animal calculador, formalista y esteta.

Y ahora decidme: a través de 600.000, 800.000 ¿ninguna hembra erecta o sapiens tomó un núcleo pétreo y lo golpeó una y otra vez con intención práctica y estética?

Carolina Pulido pone proa a su argumento: «Las mujeres neandertales eran fuertes y autosuficientes». Y a partir de aquí la autora reprochará a paleontólogos, editores, divulgadores, su silencio para con la mitad paleolítica femenina, relegada a la categoría de hembra reproductora, que espera, débil y asustada, al varón hirsuto, al macho cazador. Así se nos representa en los diversos intentos pedagógicos, contemplada la feminidad desde un evidente androcentrismo, en esos escenarios museísticos, pre-

ferentemente oscuros, desde donde nos miran unos humanoides con greñas y decaídas tetas, y en donde siempre hay un humano actual de corta edad que te pregunta a gritos qué es una vulva.

No hablo en nombre de ningún feminismo explícito. Es una cuestión epistemológica (con perdón). Una ruptura más contra esencialismos graníticos sobre qué es ser hombre ahora o mujer. Sea bienvenido todo lo que suponga un derrumbe del malhadado «sentido común», tan opresivamente esencial. Las esencias son como garrapatas seculares.

Entiendo que la autora, con lengua de hoy, y atendiendo a primates y otros bichos, nos desmonte conductas de sumisión, de pasividad, de «fidelidad», de «recato», que no serían más que proyecciones del presente sobre el pasado.

Las esencias, como caspa, van cayendo una a una: sexo no reproductivo, meramente social. La unidad básica es la comunidad y en ningún caso la pareja monógama. Homosexualidad tranquila, representada en nuestras cuevas. Prácticas como la felación, delineada en las paredes de los santuarios paleolíticos. Y, en fin, apareamientos múltiples y promiscuos que, según amplia bibliografía aportada por la autora, proporcionarían mayor fertilidad. Así opinan primatólogos, paleoantropólogos, arqueólogos y expertos en biología molecular. Estampo aquí estas opiniones sobre la promiscuidad y que sea lo que Dios quiera.

Como final digno de meditación, C. M. Pulido nos recuerda esos centenares de figurillas femeninas en marfil, hueso, arcilla (20.000 o 30.000 años) denominadas «venus impúdicas» porque exhiben minuciosamente sus caracteres sexuales. (En la oscuridad una voz infantil pregunta qué es un triángulo púbico) ¿Las tallaban los varones? ¿Las mujeres? ¿Es suficiente que sean estatuillas femeninas para pensar que sólo las confeccionaban los varones?

Marx dejó dicho: «Los hombres son mujeres como las demás»...

Me refería a **Groucho**.



La senda mutilada. La evolución humana en femenino
Carolina Martínez Pulido.
Biblioteca Nueva, 2012